

# Comentario del Académico Efraim Otero Ruiz, Presidente de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, en la presentación del libro *Santander-fundador del Estado colombiano* del Académico Antonio Reales Orozco

Santafé de Bogotá, Diciembre 1 de 1994

Señores Académicos, señoras, señores: Reincidimos hoy en reunirnos en esta alta tribuna del pensamiento científico, ahora enaltecida en su frontispicio con el nombre inolvidable del Profesor César Augusto Pantoja, para ensalzar otra obra investigativa e histórica del Académico Antonio Reales Orozco. Quien anteriormente nos hubiera deleitado, en esta Academia, con su incisivo estudio sobre "*Bolívar frente a los médicos y la medicina*" y luego con su libro de análisis contemporáneo "*Por qué se droga la gente*" —del cual tuve el honor de ser el prologuista—, nos trae ahora su visión de la vida y obra del General Francisco de Paula Santander, prócer que para el autor y para muchos —y así lo destaca en el subtítulo— es "el verdadero fundador de la nacionalidad colombiana".

Nadie mejor que este destacado psiquiatra, lidiado ya varias veces en las tareas históricas, para entrar a considerar la trayectoria de quien, como lo dije en el Editorial de Tribuna Médica de Diciembre de 1992, "es la figura más admirada y al tiempo más debatida de la independencia colombiana". Y agregaba yo que "a él se debe que, en una época en que el concepto de democracia era casi exótico en el mundo, nos hubiésemos conformado en república constitucional e independiente". Porque esa fue la verdadera tarea difícil para quienes nos liberaron de la opresión española. Tanto ese yugo —predominante durante tres siglos, con la figura remota del Rey todopoderoso

representante de Dios en la tierra— como la lucha misma independentista, encabezada por Bolívar como caudillo y secundada por estadistas de la talla de Santander manejaron sabiamente el factor de dominación prolongada o transitoria, resplandeciente esta última con un ideal de derechos humanos con que nos habían deslumbrado, a través de Nariño, la Enciclopedia y la Revolución francesas. Ideal que, en cambio, apenas medio comprendieron las mentes de las masas populares, que sólo presentían el traslado de una dominación a otra. El problema era cómo reunir a tantos pueblos discrepantes y distintos en sus orígenes y en sus creencias mismas, que en el momento mismo de sentirse libres querían volver a sus divisiones atávicas, y unirlos en una nación civilista que se dictara sus propias normas de sabia convivencia.

Ya lo ha dicho Jaime Jaramillo Uribe, en su luminoso ensayo sobre "*La personalidad histórica de Colombia*" y a quien cito textualmente: "A la llegada de los españoles, el territorio que hoy forma la República de Colombia estaba habitado por una pluralidad de pueblos y culturas indígenas ubicadas en un territorio complejo, de difíciles comunicaciones, formado por un mosaico de paisajes y climas. En un territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados, situado en pleno trópico, cruzado por tres grandes cordilleras que forman una abigarrada sucesión de valles, cuencas fluviales, altiplanicies y llanuras, habitaba también un abigarrado conjunto de comunidades sin unidad política ni unidad cultural ... Esta pluralidad de tribus

y culturas formaba un mosaico de reinos y cacicazgos que se combatían entre sí". Hasta aquí Jaramillo Uribe. Y aunque las epidemias traídas por los españoles, la servidumbre y los encierros en las encomiendas o "pueblos de indios" habían disminuido su fuerza como etnia, esa tribalidad se había mantenido al mezclarse y enmestizarse con los españoles, provenientes éstos también de un mosaico de ciudades-estado, como era la península al finalizar la edad media y acabar con la expulsión de los moros de España.

Ese grupismo aguerrido se pone en evidencia en la Patria Boba, en que en un período de 5 años los mismos supuestos patriotas destrazan esa independencia en embrión, y el esbozo de unión sólo se vuelve a lograr bajo las amenazas de la guerra a muerte y el ideal de liberación expresado por los caudillos libertadores. El problema estriba, aún vivos los pétalos de los arcos de triunfo de Boyacá y Ayacucho, en cómo mantener esa unión, no ya de la vasta Gran Colombia —como trata de hacerlo Bolívar con sus ideas dictatoriales o monárquicas— sino de las mismas provincias de la Nueva Granada, prontas a lanzarse otra vez a las guerras civiles.

Mientras Bolívar piensa transitoriamente en la solución militar, Santander cree que sólo dos mecanismos, la educación y las leyes, podrán introducir en las masas libertas el verdadero concepto de independencia y de autonomía civilizadas. Funda numerosas escuelas y colegios en los que introduce el método lancasteriano de enseñanza, y asegura el impulso de la educación en los tres

niveles, desde el elemental hasta los institutos de formación superior o universitaria, recalcando la importancia de formar una nación civilista, todo ello consagrado en su célebre plan de estudios, que se convierte en Ley de la República en 1826. Y que, al decir de Luis Duque Gómez, “constituye la más fecunda labor cultural de la primera administración del General Santander”. Por eso mismo, afirma, “su mayor contribución fue la de establecer y organizar la educación media y superior en Colombia y dar un primer impulso republicano—en su segunda administración—al establecimiento de una Escuela de Medicina”.

A través de 24 vigorosos capítulos, que van desde el nacimiento y bautizo hasta la enfermedad y muerte del prócer, el autor traza con pinceladas firmes y bien definidas lo que fueron los hechos de una vida iniciada en un hogar cristiano y probo y a quien la agitación política de la época saca muy joven del ambiente de una educación esmerada para meterlo en la vorágine de la lucha, primero de nuestros conflictos civiles y poco después, al darse cuenta de la vocación suicida de los mismos y de la inminencia de la reconquista española, al lado de las primeras huestes libertarias que pelean en los Llanos colombo-venezolanos. Tal vez Laureano García Ortiz y Pilar Moreno de Angel—esta última la historiadora máxima de Don Francisco de Paula—han señalado lo dura que debió ser, para un joven de carácter civilista, convertido en guerrero a pesar suyo, derrotado en Cachirí y exiliado en el Llano, esa primera entrevista con Páez, el apureño astuto y avezado, para mantener airosamente que, aunque reconocía la jefatura de este último—avivada y azuzada por todos sus seguidores llaneros—sólo lo reiteraría si esa masa ignorante y adúladora aceptaba primero la renuncia de su propia jefatura, que él veía a todas luces legítima.

En contraste con el detalle informativo y las copiosas referencias que nos brinda Pilar Moreno en su biografía, Reales Orozco se contenta, en cada capítulo, con una serie de bocetos o «sketches» que rápidamente colocan al lector en el centro del escenario de la época o del momento histórico que se quiere describir, apelando sólo a las bibliografías más importantes. En esta forma logra, en sólo 267 páginas, lograr una especie de psicobiografía, en que el punzante análisis del psicólogo o psiquiatra, antes que el rebuscado detalle del historiador profesional, nos ofrece un enfoque humano del personaje, desde su adolescencia o su juventud hasta los avatares y desengaños de la edad madura. Colocándolo siempre dentro del adecuado fondo, sea este de paz o de guerra, antebélico o postbélico, conspiratorial o simplemente opositor, heridor o reconciliador, sin olvidarse nunca que lo importante es el protagonista y el impacto que su presencia o sus pronunciamientos causan en una sociedad en evolución. Así sucede en los capítulos sobre “El fusilamiento de Barreiro y sus 38 oficiales”, o “El proceso contra Santander” o “El camino del destierro”, para citar tan sólo tres de los más vibrantes. Lo mismo en el que se refiere a “Santander y Nicolasa Ibáñez” en el que, a pesar de su brevedad, enmarca lo que fue la fugaz pero ardorosa vida romántica del General, entrelazada con la de una de las mujeres más bellas e importantes de la época. Como lo deja dicho el autor, en su nota introductoria: “Al examinar las facetas del ilustre granadino, no era justificable dejar de lado ciertos rasgos característicos de su personalidad. Como la de ser un eterno enamorado de Colombia, un convencido civilista. Y, como si lo anterior hubiera sido poco, un apasionado admirador—como el que más—de las mujeres hermosas”.

El ilustre prologuista, mi distinguido amigo y paisano Dr. Antonio Cacua

Prada, historiador de gran facundia y autor de más de una docena de libros sobre temas históricos, se queja de que los galenos humanistas sean una especie en vía de extinción. Como excepción notable señala al Dr. Reales Orozco y, después de recorrer uno a uno todos los capítulos, afirma al final del prólogo que “el libro está escrito con amorosa dedicación por la pluma de un eminente médico-humanista”. No podría ser de otra forma para quienes conocemos desde hace años a Antonio. Después de largos y fructíferos años de ejercicio psiquiátrico en su nativa Barranquilla, donde fundó y dirigió entidades de gran importancia regional y nacional, ha podido retirarse a dedicar los mejores años de su vida a una constante actividad literaria y humanística. Y ello con la compañía incesante de su esposa Mana, colaboradora permanente e inspiradora de sus momentos de triunfo. La presencia del Académico de Número y de su esposa, una o dos veces por año, se ha hecho ya parte necesaria del acontecer habitual de esta Academia Nacional de Medicina, donde él y ella cuentan con los mejores amigos.

Por eso, reiterando lo expresado por el Señor Presidente Rueda, y en mi calidad de Presidente de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina, repito que esta Academia y esta Sociedad se honran y enaltecen con la presentación hecha esta noche del libro “Santander, fundador del estado colombiano”. Y que esperamos, tanto los académicos como el público lector hispanoparlante, que con el correr de los años las publicaciones literarias, históricas y científicas del Académico Reales Orozco se sigan multiplicando para que sigan iluminando con sus luces éste y otros recintos, ávidos de conocer y disfrutar las producciones de una mente privilegiada como la suya.

Muchas gracias.